

## IMAGEN COTIDIANA



Eran las seis de la tarde, de un día sin fecha. Con las manos heladas palpó su ardiente rostro y ni por eso advirtió su fiebre. Lo hirviente y lo frío se fundieron en una tibieza que reconfortó todo su cuerpo. Después de ver el rostro de aquella anciana que a su vez la había mirado con sus ojos apagados desde el otro lado del aparador, decidió volver. Sus reflexiones la guiaban:

- ¡Caminaré hacia allá! Tierra Blanca es mi destino. Pisar de nuevo mis pisadas es la clave. Sé bien que éste es mi mejor recorrido: la vuelta. De continuar hacia la Lomita, mi vida corría el peligro del tiempo. ¡Pronto llegaré! Gritaba eufórica a cada rostro que desfilaba en sentido contrario.

Unos le sonreían con dulzura mientras otros la miraban con asco o con burla.

Ella continuaba su lento deambular, tenía la certeza de que llegaría; que muy pronto sería otra sin dejar de ser la misma.

El viento hiperactivo agitaba las conversaciones que llegaban hasta ella como una ensalada: vieja... sin... pobre... sangre... vamos... descalza... anciana... loca... cuidado... demente... viejita...

Sus reflexiones seniles bailaban felices en su conciencia rota:

- La meta está cerca de mis pies, a unos pasos más... ¡Dios mío!

¿Verdad que tú me hiciste encontrar la clave del retorno?...

¡Gracias! ¡Gracias por mostrarme el error con aquella mujer!. Continuaba caminando con pasos lentos mordiendo un pan que no sabía como había llegado a su mano. Y no paró hasta que se topó con un hombre de edad avanzada, quien, con algunas copas dentro, silbaba una melodía. Era admirable ver que no perdía una sola nota, a pesar de los tropiezos de su andar.

Ella se dio cuenta que el hombre iba hacia la perdición, y se atrevió a decirle:

- ¡Oiga! ¡Va por la ruta equivocada! ¡Regrese por donde vino!.

El hombre, la ignoró. Continuó por la vereda que su rizo le trazaba. La voz de ella, desgarrando su garganta gritó desesperada mientras sus manos hormigueantes hacían de bocina:

- ¿A dónde va? ¿no me oye? ¡escuche! ¡regrese cabeza hueca!

Él, confiado en su alcohólico silbar que lo transportaba a su destino. Se alejaba más y más, rumbo al sur; y ella, con tinta de esperanza iba escribiendo su camino.

Llegó a la plazuela de la Catedral. Extravió de brújula. En sus ojos inseguros despertaron unas lágrimas. El día empezó a vestirse de negro.

Crejó gritar. Sus lamentos apenas eran audibles. Algunos chiquillos vagos fueron cercándola. El temor que les inspiraba formó un círculo enorme. Ella los observaba con curiosidad y empezó a sospechar que había llegado; más al mirarse las manos, se dio cuenta que sus pies cansados deberían seguir si quería ser lo que fue.

-¡No se acerquen! – Gritó uno de los más grandes - ¡Está loca! ¡cuidado!

Ella los enfrentó – no con valentía, mas bien con temor-:

- ¿loca? ¡no, no! No estoy loca. ¡Estoy perdida! Vean mis canas y mis arrugas. Voy por mi juventud, pero me he perdido. Quiero volver a ver mi largo cabello de trenzas larguísimas que ayer peinaba ilusionada y que hoy voy a recuperar.

Mientras ella hablaba la crueldad aparecía en la risa de los niños, quienes perdiendo el interés en ella fueron dejándola sola, para volver a sus hogares repletos de sueños que los esperaban con su miseria de siempre.

Su pensamiento estuvo a punto de morir de un ataque de dudas. La ennegrecían las luces de los carros y para colmo, sentía ensordecen con sus bocinazos; pero llegó el aire, que con su lenguaje silencioso le indicó la senda que debía retomar.

De ese aire cómplice se dio un banquete que alcanzó a llegar hasta el último rincón de sus pulmones y le permitió que reviviera el brío que había muerto por mucho tiempo. Ese bendito aire aligeró sus pies. Casi corría mientras sus recuerdos se instalaban en su juventud.

Pronto, su garganta se atrevió a colar una voz ronca que le era desconocida:

- ¡Pobre tiempo! Creyó que me vencería. Pensó que seguiría cargando con todo esto tan antiguo como un cerro; pero encontré la clave: volver... regresar... hacia acá, siempre hacia acá...

Y diciendo esto, logró percibir una música arcoírica de la que gozó un instante, antes de penetrar en la ausencia.

**AUTOR:**

**PROFRA. ARMIDA GONZÁLEZ PIÑA**